

**ANTOLOGÍA
DE LAS
MEJORES
NOVELAS
POLICÍACAS**

TOMO IV

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1973 por la editorial ACERVO.

Índice de contenido

Cubierta

Antología de las mejores novelas policíacas - Vol. IV

O'HENRY. - Con alma y vida

ROBERT BARR. - La explotación de los distraídos

JEAN RAY. - Busco a Mr. Pilgrim

J. S. FLETCHER. - La quebrada del ciego

HELEN NIELSON. - No se puede confiar en un hombre

IGNACIO COVARRUBIAS. - Ensayo para la muerte

ELLERY QUEEN. - La botella de vino

ANDRÉ PICOT. - Todos los caminos llevan a Roma

WILLIAM SAMSON. - Tentaciones diversas

DAVID KASANOF. - Como quien dice

ROY VICKERS. - La trompeta de goma

ROY VICKERS. - El asesino tímido

ROY VICKERS. - La pitillera de oro

LORD DUNSANY. - El discurso

EDOGAWA RAMPO. - El test psicológico

JACQUES FAIZANT. - ¿Duerme usted, señor Georges?

JACQUES FAIZANT. - Revista de detalles

JACQUES FAIZANT. - El asesino del Duque de Guisa

JACQUES FAIZANT. - Discordia vocal

MILDRED ARTHUR. - La reina ha muerto

W. W. JACOBS. - El segundo contramaestre

WILLIAM. IRISH. - Deuda pendiente

Notas

CON ALMA Y VIDA

O'HENRY

En Denver subieron numerosos pasajeros a los coches del expreso B. & M., que se dirigía al Este. En uno de los coches iba sentada una joven muy bonita, vestida con elegancia y rodeada de todas las comodidades que suelen procurarse las personas acostumbradas a viajar. Entre los pasajeros que subieron al vagón que ocupaba la joven en cuestión estaban dos hombres, uno muy guapo, de aspecto franco y modales desenvueltos; el otro era un hombre-tón de rostro malhumorado, vestido descuidadamente. Los dos iban esposados juntos.

Avanzaron por el pasillo, mirando a uno y otro lado: los únicos asientos vacíos quedaban frente a la atractiva joven y fueron ocupados por la pareja de hombres esposados. La joven les dirigió una mirada superficial, sin el menor interés; de repente, una sonrisa asomó a sus rojos labios, en tanto que sus mejillas se coloreaban de rosa. Tendiendo una de sus manos enguantadas al más joven de los recién llegados, le habló con voz dulce y consciente que revelaba su costumbre de ser escuchada.

—Bueno, Mr. Easton, en vista de que me obliga usted a tomar la iniciativa, voy a hacerlo. ¿Es que en el Oeste no reconoce usted a sus amigos?

El joven pareció sobresaltarse vivamente al oír aquella voz. Se recobró inmediatamente, aunque no pudo disimu-

lar su evidente turbación. Rozó los dedos de la muchacha con su mano izquierda y murmuró, con una sonrisa:

—Perdóneme, Miss Fairchild. Y disculpe que no le ofrezca la otra mano. Como puede ver, en estos momentos la tengo ocupada.

Alzó ligeramente su mano derecha, unida por la muñeca a la muñeca izquierda de su compañero con un brillante «brazalete». La alegre expresión de los ojos de la muchacha se trocó lentamente en un asombrado horror. De sus mejillas desapareció todo vestigio de color. Sus labios se fruncieron desdeñosamente. Easton se echó a reír, como si la cosa le divirtiera, y se disponía a hablar de nuevo cuando su compañero se le anticipó. El hombre de rostro malhumorado había estado observando disimuladamente a la muchacha con sus agudos ojos.

—Perdone que le dirija la palabra, señorita, pero veo que conoce usted al sheriff... Si usted le pidiera que me recomendara cuando lleguemos a la cárcel, él lo haría por complacerla a usted y a mí me tratarían mucho mejor. Vamos a la cárcel de Leavenworth. Siete años, por falsificación.

—¡Oh! —exclamó la muchacha, suspirando profundamente y recobrando el color—. De modo que era eso lo que estaba haciendo aquí. ¡Un sheriff!

—Mi querida señorita Fairchild —dijo Easton, calmamente—, algo tenía que hacer. El dinero vuela que da gusto, y usted sabe que el tren de vida que llevaba en Washington cuesta mucho dinero. Se me ofreció esta oportunidad en el Oeste, y... bueno, a fin de cuentas, ser sheriff no es tan importante como ser embajador, pero...

—No haga usted comparaciones odiosas. Sabe muy bien la diferencia que existe entre un embajador y un sheriff. Y lo sabe por experiencia. Ahora se ha convertido usted en uno de esos arrojados héroes del Oeste, que cabalgan día y noche, disparan sus revólveres y corren toda clase de

peligros. Una vida muy distinta a la de Washington, reconózcalo.

Los ojos de la joven se inclinaron, como fascinados, hasta detenerse en las brillantes esposas.

—No se preocupe, señorita —dijo el hombre de rostro malhumorado—. Todos los sheriffs se esposan a sus prisioneros para evitar que echen a correr. Y Mr. Easton conoce bien su oficio.

—¿Le veremos pronto en Washington? —preguntó la muchacha.

—Mucho me temo que no —respondió Easton.

—¡Me encanta el Oeste! —exclamó de repente la muchacha, con una inesperada vehemencia. Con ojos brillantes, miró hacia el paisaje que se deslizaba ante la ventanilla y empezó a hablar con sencillez, sin la afectación que había mostrado hasta entonces—. Mamá y yo hemos pasado el verano en Denver. Mamá tuvo que marcharse hace una semana, porque papá está algo enfermo. Yo podría vivir y ser feliz en el Oeste. Creo que los aires de aquí me sientan bien. Y el dinero no lo significa todo. Pero la gente no parece comprender las cosas más que a medias.

—Oiga, señor sheriff —interrumpió el hombre de rostro malhumorado—, necesito echar un trago y fumar una pipa. ¿Han hablado ustedes ya bastante? Entonces, lléveme al vagón de fumadores, ¿quiere? Me muero de ganas de fumar.

Los dos hombres se pusieron en pie. Easton sonreía: al parecer, seguía divirtiéndose.

—No puedo negarle a un hombre el placer de fumar —dijo, en tono alegre—. El tabaco es el único amigo de los desgraciados. Adiós, señorita Fairchild. El deber me reclama.

Tendió su mano a la muchacha en señal de despedida.

—Siento mucho que no venga usted hacia el Este —dijo ella, recobrando de golpe su anterior afectación—. Tiene usted que ir a Leavenworth, ¿verdad?

—Sí —respondió Easton—, tengo que ir a Leavenworth.

Los dos hombres se alejaron por el pasillo en dirección al vagón de fumadores.

Los dos pasajeros sentados en el asiento contiguo habían oído la mayor parte de la conversación. Uno de ellos dijo:

—Ese sheriff es un tipo estupendo. En el Oeste se encuentran muchos tipos como él.

—Demasiado joven para un oficio así, ¿no cree? —inquirió el otro pasajero.

—¿Joven? —exclamó el que había hablado primero—. ¡Oh! Ya veo que no se ha dado usted cuenta. Dígame... ¿cuándo ha visto que un sheriff lleve a un preso esposado a su mano *derecha*?

LA EXPLOTACIÓN DE LOS DISTRAÍDOS

ROBERT BARR

Hace algunos años viví la singular experiencia de perseguir a un hombre por un crimen que no había cometido, descubriendo, en cambio, su culpabilidad con respecto a otro. Era, en efecto, inocente del primer delito de que se le acusaba —cuyas pruebas había yo investigado—, pero culpable de otro crimen mucho más grave; aunque tanto él como sus cómplices consiguieron librarse merced a una serie de circunstancias que no voy ahora a relatar.

Ustedes recordarán que, en la novela de Rudyard Kipling «Bedalia Herodsford», el desgraciado marido de la mujer de este nombre corre el riesgo de ser detenido simplemente por borracho en el preciso momento en que la sangre de un asesinato manchaba ya sus botas. Pues bien, en el caso de Ralph Summertrees ocurrió todo lo contrario: las autoridades inglesas trataban de acusarle de un crimen casi tan importante como el asesinato, mientras yo acumulaba pruebas que declarasen su culpabilidad en un hecho mucho más transcendental, desde luego, que la embriaguez.

Las autoridades inglesas han sido siempre muy bondadosas y muy generosas al reconocer mi existencia, mostrando incluso una condescendencia muy lisonjera para mí. Si preguntan ustedes a Spenser Hale, de Scotland Yard, qué opinión tiene de Eugène Valmont, ese sujeto tan complaciente se limitará a dirigirles esa sonrisa de superioridad

que tan bien le sienta; pero, si son ustedes íntimos amigos suyos, entonces les guiñará el ojo derecho antes de contestar:

—Oh..., sí, es una persona excelente ese Valmont, pero... es francés.

Como si bastase decir eso para hacer innecesario toda otra pregunta.

A mí me gustan mucho los detectives ingleses, y si cualquier día me viese comprometido en una riña, no desearía tener junto a mí a otro hombre que Spenser Hale, porque, en cualquier situación en que haga falta un puño capaz de abatir a un buey, mi entrañable amigo Hale es un compañero utilísimo; yo soy el más modesto de los hombres y no quiero decir nada.

Les divertiría mucho a ustedes ver entrar al hércules en mi habitación por la noche, con el pretexto de fumar una pipa en mi compañía. Hay la misma diferencia entre ese bondadoso y afable gigantón y yo, que entre su maciza pipa negra y mi delicado cigarrillo, que fumo febrilmente, cuando él está junto a mí, para protegerme del humo de su terrible tabaco. Yo observo con deleite su voluminosa humanidad y él entretanto, con el mejor humor del mundo y un destello de alegría en los ojos, porque cree que me tiene a su antojo entre sus manos, trata vanamente de obtener algún detalle que le facilite la pista del caso que en aquel momento le preocupa; y yo juego con él y lo desconcierto, con la misma facilidad que un ágil lebrel elude la persecución de un pesado mastín, hasta que al fin le digo sonriente:

—Venga acá, amigo Hale; dígame todo lo que sepa de ese asunto y, si puedo, le ayudaré.

Al principio solía sacudir su maciza cabeza y replicaba que no estaba en su secreto. Pero la última vez que lo hizo, le aseguré que lo que me decía era casi correcto, y luego le expliqué todos los detalles de la situación en que se encontraba, exceptuando naturalmente los nombres, puesto que

él no los había mencionado. Para provocar su perplejidad me había limitado a recoger retazos de su conversación durante una partida de pesca de media hora —a la que, naturalmente, le había incitado yo con mi consejo, que él a su vez, había solicitado de mí— y ordenarlos convenientemente para exponerlos ante él. Desde esa vez no ha vuelto a consultarme más que en los casos cuyos pormenores cree que puede revelar libremente, y puedo decir que, en dos o tres ocasiones, he podido ayudarle eficazmente a desenredar la madeja.

Y, aunque es tan firme como puede serlo el mismo Spenser Hale la creencia de que ningún servicio policíaco del mundo puede aventajar a Scotland Yard, hay un departamento en el cual mi amigo llega a admitir que los franceses son sus maestros, aunque lo hace con cierta repugnancia, agregando, para justificar su concesión, que en Francia se nos permite todo lo que está prohibido en Inglaterra. Me refiero al simple registro domiciliario efectuado en ausencia del propietario. Si leen esa excelente historia intitulada «La carta robada», de Edgar Allan Poe, encontrarán en ella un montón de referencias a lo que acabo de aludir, mucho mejores para el caso que cualquier descripción. Y nadie mejor que yo para hablar con mayor conocimiento de causa sobre este asunto por el gran número de veces que he tomado parte en tales registros.

Ahora bien, este pueblo entre cuyos seres habito está orgulloso de su proverbio: «La casa de un inglés es su castillo», y dentro de ese castillo nadie puede entrar —ni siquiera un policía— sin una orden legal de registro. Esto estará muy bien en teoría, pero si uno se ve forzado a ir hacia la casa de un ciudadano tocando la trompeta y redoblando atronadoramente el tambor, no debe extrañarse si no encuentra lo que va a buscar. Los ingleses constituyen un pueblo excelentísimo, de lo cual estoy siempre dispuesto a dar testimonio, pero hay que admitir fríamente que los franceses son muy superiores a ellos. Si yo deseo obtener en Pa-

rís un documento acusador, no le envió a su poseedor una carta postal para informarle de mi deseo, y mi procedimiento está tácitamente reconocido y aceptado por el pueblo francés. Conozco algunas personas que, cuando salen de casa para pasar una noche en los bulevares, tiran graciosamente su manojo de llaves al portero y le dicen:

—Si oye usted que la policía anda husmeando en mi casa mientras estoy fuera, ayúdele, por favor, y exprésele mi consideración más distinguida.

Recuerdo que cuando era jefe de policía al servicio del Gobierno francés, fui requerido para hacer una visita al hotel privado del ministro de Asuntos Exteriores. Era en la época en que Bismarck meditaba un segundo ataque contra nuestro país, y tengo la inmensa satisfacción de decir que fui, en aquella ocasión, el instrumento que proporcionó al Departamento Secreto los documentos necesarios para apaciguar a aquel «Canciller de Hierro», por cuyo hecho me hice acreedor, según creo, a la gratitud de mi patria, a pesar de lo cual ni siquiera se me ocurrió insinuarlo cuando un ministro sucesor de aquél pareció olvidar mis servicios prestados. La memoria de una república —según ha dicho este gran hombre que soy yo mismo— es corta. Pero todo esto no tiene nada que ver con el incidente que me propongo relatar, y, si lo he mencionado, ha sido meramente por excusar un olvido involuntario por mi parte que, en cualquier otro país, me hubiese acarreado graves consecuencias, pero en Francia... ¡ah!, nosotros sabemos comprender esas cosas y no ocurrió nada...

Soy la última persona en el mundo que vendería un secreto. Ordinariamente, soy el tranquilo y apacible Eugène Valmont, a quien no hay nada en el universo capaz de conmover ni perturbar. Yo estaba solo con el ministro en su domicilio particular, y uno de los papeles que él deseaba se hallaba en su despacho del Ministerio de Asuntos Exteriores; por lo menos así lo creía él y dijo:

—¡Ah, está en mi mesa de trabajo, en mi despacho...! ¡Qué fastidio..., tengo que enviar a recogerlo!

—No, Excelencia —grité impensadamente—, está aquí.

Y accionando el resorte de un cajón secreto, lo abrí, sacando de él el documento que deseaba, y ofreciéndoselo cortésmente.

Pero hasta que no vi su inquiridora mirada y descubrí la imperceptible sonrisa de sus labios, no me di cuenta de lo que acababa de hacer.

—Valmont —dijo tranquilamente—, ¿por orden de quién registró usted mi casa?

—¡Excelencia! —repliqué en un tono no menos agradable que el suyo—, esta noche, siguiendo sus órdenes, hice una visita domiciliaria a la mansión del barón Domulaine, que goza de la estima del Presidente de la República Francesa. Si alguno de aquellos distinguidos caballeros se enterase de mi intempestiva visita y me preguntase por orden de quién le había efectuado, ¿qué desearía su Excelencia que contestase?

—Debería contestar usted, Valmont, que obedecía órdenes del Servicio Secreto.

—No dejaré de hacerlo así, Excelencia, y, como respuesta a su reciente pregunta, tuve el honor de registrar esta mansión por orden del Servicio Secreto de Francia.

El Ministro de Asuntos Exteriores sonrió. Era una sonrisa cordial, sin resentimiento.

—Deseaba solamente felicitarle por su eficaz registro y por su excelente memoria. Éste es, efectivamente, el documento que creía tener en mi despacho.

¡Me imagino lo que hubiera dicho lord Lansdow si Spenser Hale hubiese mostrado la misma familiaridad con sus papeles privados! Pero ahora que hemos vuelto a nuestro buen amigo Hale, no debemos hacerle esperar más tiempo.

Recuerdo muy bien el día de noviembre en que llegó a mí la primera noticia sobre el caso Summertrees, porque era uno de esos días de niebla londinense, tan espesa que perdí tres veces mi camino, y no se encontraba un coche de alquiler a ningún precio. Era uno de esos días deprimentes de Londres que me llenaban de melancolía, haciéndome añorar la alegría de mi París natal, donde, si alguna vez nos vemos invadidos por la niebla, ésta es, por lo menos, limpia, como un vapor de agua blanco, y no esta horrible mezcla de Londres, saturada de asfixiante carbón.

La niebla era tan espesa que los transeúntes apenas podían leer los anuncios del contenido de los periódicos, escritos con tiza sobre, el pavimento de la calle, y como probablemente no había carreras aquel día los voceadores de periódicos anunciaban lo que ellos consideraban el acontecimiento más importante: La elección de un presidente americano. Compré un diario y me lo metí en el bolsillo. Era tarde cuando llegué a mi piso y, después de haber cenado en casa —cosa que ocurría muy raras veces— me puse las zapatillas, me senté en una cómoda butaca cerca del fuego y comencé a leer mi periódico de la tarde. Por él me enteré —no sin recibir con ello un pequeño disgusto— de que el elocuente señor Bryan acababa de ser derrotado: yo estaba muy poco enterado de la cuestión de la plata, pero sus facultades oratorias me habían impresionado y mi simpatía por él se acrecentó cuando supe que, a pesar de ser propietario de muchas minas de plata, el precio de ese precioso metal era tan bajo que, aparentemente, el señor Bryan ni siquiera podía vivir de los beneficios que le producían las operaciones que con él efectuaba. Pero su fama de plutócrata y el hecho de ser varias veces millonario, ocasionaron su derrota en una democracia en la que el votante medio es excesivamente pobre y no un burgués acomodado como ocurre en el caso del campesino francés. Siempre me han interesado mucho los asuntos de la gran república del Oeste, y me he esforzado para informarme minuciosa-

mente de todo lo referente a su política, y aunque —como saben mis lectores— muy raras veces suelo citar en mis escritos las lisonjas que se me dedican, un cliente americano admitió una vez que nunca había conocido la verdadera inferioridad —creo que ésa fue la frase utilizada— de los políticos americanos hasta que me oyó discurrir acerca de ellos. Pero hasta entonces —agregó— había sido un hombre muy ocupado durante toda su vida.

Dejé que el periódico se fuese deslizando, poco a poco, hasta casi llegar al suelo, haciendo cada vez más difícil la lectura, a pesar de la luz eléctrica. Mi criado entró en la estancia y anunció que el señor Spenser Hale deseaba verme, y a mí, cualquier noche, pero especialmente cuando llueve o la niebla lo invade todo, me agrada mucho más charlar con un amigo que leer el periódico.

—¡Santo Dios!, mi querido señor Hale, es usted un valiente para aventurarse a salir esta noche con semejante niebla.

—¡Ah, señor Valmont —dijo Hale con orgullo—, jamás podrán ustedes tener una niebla como ésta en París!

—No. En ese aspecto son ustedes los mejores —admití, levantándome para saludar a mi visitante.

—Ya veo que está usted leyendo las últimas noticias —dijo señalando mi periódico—. Me alegro mucho de que hayan derrotado al señor Bryan. Ahora vendrán tiempos mejores.

Agité la mano en el aire, en un gesto dubitativo, mientras me sentaba de nuevo. Quería discutir muchas cosas con Spenser Hale, pero no la política americana, porque Hale no la comprendía. La completa ignorancia con respecto a los asuntos internos de los demás países es un defecto muy generalizado entre los ingleses.

—Para haberse atrevido a salir con una nohecita como ésta debe tratarse, seguramente, de un asunto muy importante, porque la niebla debe ser espesa en Scotland Yard...